

MURCIA: VEINTE MIRADAS OBLICUAS



Región de Murcia
Presidencia



Asociación
de la Prensa de Murcia

ASENSIO SAEZ

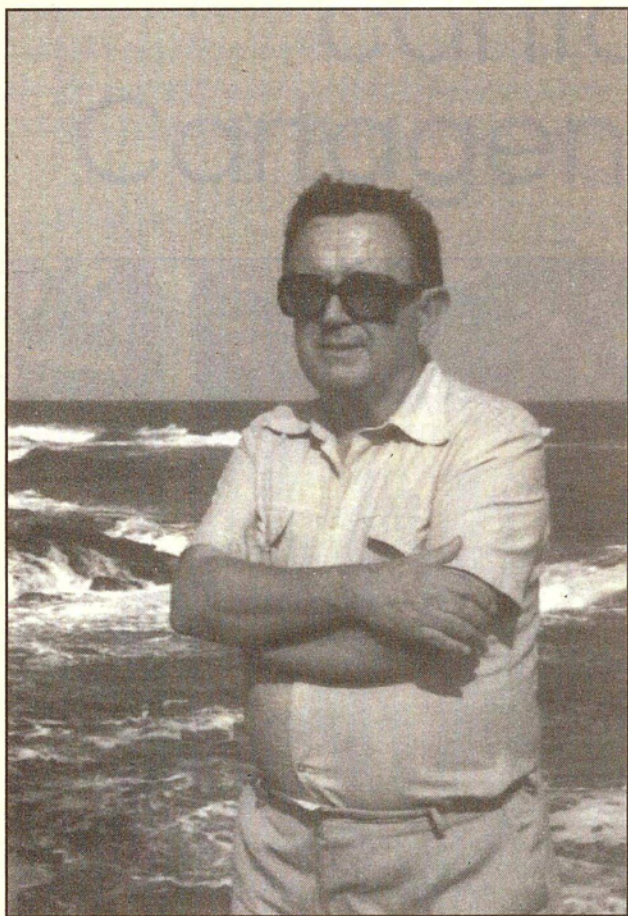
Pasos por los
cafés cantantes
de Cartagena
y La Unión



Central Hispano

16

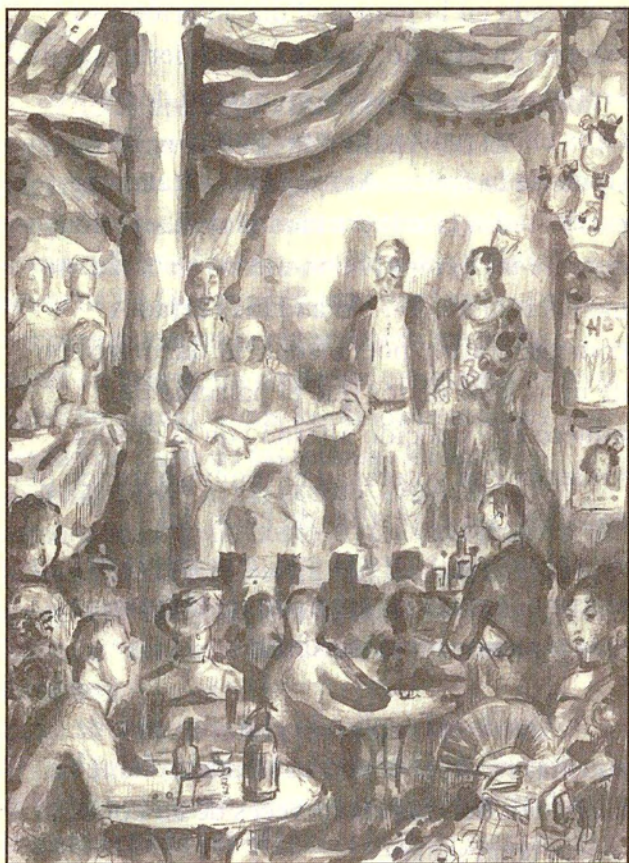
Pasos por los cafés



ASENSIO SAEZ

NACIDO en La Unión. Autor de numerosos libros, entre ellos «Parte de Murcia»; «Monasterio de San Ginés de la Jara», «Libro de las cuatro estaciones», «Vivir no era una fiesta», «Crónicas del Festival del Cante de las Minas» y «Libro de La Unión», del que se han publicado tres ediciones y al que en la revista «Destino», de Barcelona, José Vicente Mateo califica como «una de las más hermosas obras literarias que un pueblo español ha merecido». Colaborador en la prensa regional y nacional. De sus cuentos el profesor Díez de Revenga ha escrito: «... Tan numerosos y renovados cada día, constituyen por sí solos un capítulo muy importante en la historia de la literatura de nuestra región». Pintor. Académico de número de la de Alfonso X de Murcia. En la actualidad recopila sus trabajos periodísticos en un volumen titulado «Cien artículos. 1962-1992».

Pasos por los cafés cantantes de Cartagena y La Unión



BAJO la lámpara de gas, cartel de toros. Una tira cazamoscas, serpentina macabra. Papel floreado, mesas de mármol, anuncio de años del Mono, firmado por Casas, simio y señora de buen ver, que en la historia del cartel, «poster» luego, habría de entrar por puertas principales. En el «tablao», imitando un interior de lujo, espejos de marcos bañados en purpurina, cortinas de encaje, abanicos pericones abiertos como descomunales mariposas... Palabra que la aparición del «cuadro» en el «tablao» no es para descrita, vamos, eso dicen. Venía a componerse el «cuadro» de uno a varios «cantaores», según los duros de plata a disponer en nómina; el guitarrista y las «bailaoras», jamás «bailaores». En los cafés cantantes de Cartagena y La Unión los «bailaores» jamás tuvieron tela que cortar. Detalle decisivo en las «bailaoras» resultaba el imprescindible mantón de «chinos», pañolón de

Manila bordado a mano, tanto más codiciado cuanto más colorín de pájaros, palomas, claveles reventones, pagodas y mandarines de la China dispusiera. El mantón de Manila podía ser utilizado a la manera más decente —de pico—, colgado sobre los hombros, o a la más picantona —«a lo morrongo»—, ceñido como una segunda piel al cuerpo.

En los cafés cantantes corrían vinos y aguardientes y, a veces, cuando la fiebre provocada por la «láguena» o el «reparo», un tanto recargados, o el duende fogoso y español de una hembra «cantaora» o «bailaora», tanto monta, hacía ganar en grados la temperatura de la sala, acababa por sonar el pistoletazo o por abrirse el blanco relámpago de la navaja de Albacete.

Ya en la letra de una copla alguien fiaba seguir cantando a gusto al hacer descansar ánimos y voluntades en la buena virtud del compañerismo:

Canta, minerico, canta,
no le temas tú al que viene;
si tu navaja no corta,
la mía dos filos tiene.

Dato colorista: si no costumbre rutinaria, tampoco resultaba extraño que, cualquier noche, precisamente a la hora de más bullicio, se abriera paso en el café cantante el «partidario» con fortuna, nuevo rico que, pegando un tiro al aire por dejarse oír, anunciaba fanfarronamente:

—¡Todo está pagado!

Con gesto displicente, pulgares introducidos en el chaleco con leontina, dirigía luego sus pasos hacia la caja y, efectivamente, abonaba la consumición de toda la concurrencia. No es aventurado afirmar que John Ford se hubiese sentido como pez en el agua en los cafés cantantes de Cartagena y La Unión.

Cara y cruz de una época

Verdad es que, mediado el XIX, el auge de la minería pobló la sierra de gentes que al amor de la plata hicieron medrar los poblados de Herrerías, Garbanzal, Portmán y Roche, pronto segregados orgullosamente de Cartagena para constituir en su día el término municipal de La Unión.

La Unión y es claro que Cartagena dan pie por aquellos años al nacimiento de múltiples cafés cantantes, lujosos unos, cutres otros; a caballo entre la taberna andaluza y el «saloon» del Oeste americano, los más.

En clave de esperpento, en su tragicomedia «En un café de La Unión», Luis Federico Viudes compone recientemente un atractivo friso de personajes, pobladores de aquellos ámbitos: «cantaores», guitarristas, cupletistas, chulos, pícaros... En la autocrítica publicada en la prensa el día anterior a su estreno en Madrid, Viudes lo advierte: su obra «refleja el ambiente de un pueblo de nuevos ricos en un país de nuevos pobres». Es el signo de la época. Antes, Félix Grande ha escrito: «En la minera ciudad de La Unión, durante un tiempo, hubo menos pobreza, no menos injusticia». No andaban errados comediógrafo y poeta frente al daguerrotipo de unos años en los que el palacete del minero enloquecido alternó con la mísera vivienda con goteras, y el rumboso tronco de caballos con el platillo de latón del «emplomao», sobre el que, a la salida del teatro o la misa de doce, llovía la limosna más o menos misericordiosa.

Queda así explicado el nacimiento de aquellas terribles coplas del llamado cante de las minas, dotadas tantas veces de un doloroso «naif» contestatario.

Los mineros son leones
que los bajan enjaulados.
Trabajan entre peñones
y allí mueren sepultados
dándole al rico millones.

Del «Rojo el Alpargatero» y sus cafés cantantes

Parece ser que el primer café cantante del «Rojo el Alpargatero», de tan decisivos prestigios en la historia del cante, se instaló a fines del XIX en el número 112 de la calle Mayor de La Unión, y a las claras está que debió resultar establecimiento de rumbo, pues por las recientes investigaciones de Francisco Ródenas se sabe que su contribución urbana rebasaba las trescientas pesetas anuales, cifra equiparable sólo a tres establecimientos similares, insertos en la nómina de licencias industriales del municipio de La Unión.

—Por los cafés cantantes de mi padre pasaron las primeras figuras flamencas de la época.

Todo nos lo contaba, por lo menudo, don Antonio Grau Dauset, hijo del «Rojo el Alpargatero». Valga aquí la autocita: «Cuando conocí a don Antonio Grau Dauset, ya anciano —porte de gran señor, catadura de un Greco, acaso de un Quijote dibujado por Doré—, su voz apenas era un aúreo rescoldo, pequeña ascua en la que, sin embargo, crepitaban todavía todas las claves, todos los fundamentos del verdadero cante de las minas». Ya antes, Antonio Oliver había escrito: «Bajo la personalidad de un hombre culto, profesional de la Enseñanza, que hasta 1955 fue director de un colegio privado, no espera nadie hallar un "cantaor" auténtico del cante de nuestros mineros».

De labios de don Antonio Grau Dauset aprendimos, amén de muchos secretos jondos, la historieta de «el Manco», loco de atar por lo

visto. Un día cuando el camarero Gabriel, encaramado sobre una silla, abastecía de carburo el depósito de una lámpara en el café del «Rojo el Alpargatero», aconteció que el tal «Manco», perdida la razón y tras herir a varias personas, de muerte algunas, penetró en el establecimiento esgrimiendo un cuchillo ensangrentado. El camarero Gabriel saltó como un tigre sobre «el Manco», apropiándose del arma y reduciendo al loco. El trovero Marín recogió la siniestra anécdota en una de sus letras más populares:

Como corral sin gallinas
se está quedando La Unión:
unos que matan las minas,
otros que se lleva Dios
y otros que el Manco asesina.

Dotado desde la niñez para el cante, don Antonio Grau Dauset, colaboró con su padre a que la copla minera dejara de ser una oscura nebulosa para convertirse en un fascinante planeta deslumbrador.

—¿Sabéis dónde está el secreto del cante de las minas?

—¿Dónde, don Antonio?

—En los medios tonos.

Manejando los medios tonos, don Antonio Grau Dauset encandiló un día al propio don Antonio Chacón.

—Amigo de mi padre, visitó La Unión repetidamente. Yo era todavía un niño cuando Chacón me sentaba sobre sus rodillas pidiéndome un cante tras otro.

En su libro «Cante de las Minas», José Luis Navarro y Akio Iino afirman: «Chacón aprovecha su estancia en la ciudad minera para conocer la región y, sobre todo, sus cantes. Se recrea con las tonalidades mineras del "Rojo el

Alpargatero" y las hace suyas», circunstancias que no llegan a menoscabar en un solo ápice las famas del «Rojo el Alpargatero», considerado desde siempre como el verdadero patriarca del cante de las minas. Baste un singular y clarificador ejemplo de aquellas devociones jondas por el «Rojo» despertadas en la afición. Cuando una noche arde por los cuatro costados el «Café Habanero», de Cartagena, sólo una legítima razón se maneja a favor de su posible reconstrucción: la de volver a oír en él al «Rojo el Alpargatero».

Se quemó el Café Habanero,
no lo pueden levantar.
¡Levantadlo, caballeros,
sólo por oír cantar
al Rojo el Alpargatero!

Pues bueno, cuando en 1907 muere en La Unión el «Rojo el Alpargatero», sólo puede disponer de un mísero ataúd de pino, siendo enterrado en la fosa de alquiler señalada con el número 72 del cementerio municipal de Nuestra Señora del Rosario. Diez duros costó su entierro. «Finis gloriae mundi».

«Conchita la Peñaranda, la que canta en el café...»

Antes que el «Rojo el Alpargatero», ya andaban en pie las famas de Conchita la Peñaranda. Un cromo de almanaque de aguardiente de Rute, la estampa de la «cantaora» plantada sobre el «tabla». Vamos, según tengo entendido. Sobre su pelo, azul de puro negro, una rosa fresca, «del tiempo» que se dice, y una lluvia de Manila desplomándose en flecos por la curva de sus caderas.

De la novela de su vida, que la hubo, poco se sabe. Sí que, parece ser, fiando en el amor de su amante, por éste fue abandonada pronto. Vestida de negro, adelantándose entonces

Conchita en muchos años a las letras de Rafael de León, sólo en la copla jonda encuentra el lenitivo para su mortal desconsuelo. Por tabernas y cafés canta sus pesares, ciertamente conmovedores. Repásense, sino, sus más populares creaciones:

Acaba, penita, acaba,
acaba ya de una vez,
que con el morir se acaban
el sufrir y el padecer.

O esta otra letra:

¿Cómo quieres que en las olas
no haya perlas a millares
si en la orillita del mar
te ví llorando una tarde?

¡Malas lenguas aquéllas que, a saber por qué oscuras razones, pintaron a la «cantaora» con tinta negra!

Conchita la Peñaranda,
la que canta en el café,
ha perdido la vergüenza
siendo tan mujer de bien.

Se sabe con entera certeza que de un café de La Unión, que por entonces no era todavía La Unión sino suelo cartagenero, pasó Conchita nada menos que al «Burrero» de Sevilla, donde según Fernando de Triana «sus contratos por meses se prorrogaban hasta convertirse en años consecutivos, cada vez con mayor éxito». Todo esto en un tiempo en el que «costaba mucho triunfar» y en el que la flamenquería de la mejor ley aparecía encandilada por nombres femeninos de la talla de una Mercedes la Serneta, una Dolores la Parrala, una Rubia de Málaga...

Baste saber que una de las letras más populares del cante de las minas incluye a Conchita la Peñaranda en la nómina de sus mejores intérpretes:

Fueron los firmes puntales
del cante puro minero
la Peñaranda, Chilares,
el Rojo el Alpargatero
y Enrique el de los Vidales.

Muchos años después de la muerte de la «cantaora», Alfredo Marquerie componía sus «coplas copeadas» en honor de Conchita la Peñaranda:

No dispone quien gobierna
y no gobierna quien manda,
pero parte corazones
Conchita la Peñaranda.

Conchita la Peñaranda,
que desde el pelo hasta el pie
da calambre a los mineros
cuando canta en el café...

Cafés cantantes de La Unión

Aseguran que los cafés cantantes de La Unión mantenían así como un marchamo especial, que no en vano toda una impronta «sui géneris», irrepetible, sellaba por entonces a la propia ciudad, a la que en el prólogo que abre el libro «Cristales míos», de María Cegarra, Ernesto Giménez Caballero llegó a comparar con un «un escenario aventurero del Canadá, del Far West, de California la romántica en los tiempos de los buscadores de filones, con polainas, camisas de lana a cuadros, caballos peludos y pequeñas pistolas al cinto».

Hasta dieciséis cafés cantantes mantenía abiertos La Unión en una misma calle. Aparte del regentado por el «Rojo el Alpargatero» en la calle de Tetuán, en la ciudad minera ganaron famas de cátedras flamencas el de «las Bombas», el de «la Micaela» y el de «la Autora» en la plaza de los Benzales; el «Trianón» —homónimo del cartagenero, sin

duda más popular—, en la calle de la Uva, el del señor Diego, en la calle Real, donde también se ubicaba el «tío Quinamomo». Sandunguero y menestral venía a salir el «Café de la Parra», en el barrio del Descargador. ¿Y qué decir del renombrado café del «Présoles», en la calle de los Morenos, o el de «la Berrugueta», pálida de polvos «Pompeya», ojos como boinas, rodeada por su rondalla de ciegos? En la calle Mayor, contar y no acabar: amén del primitivo del «Rojo el Alpargatero» abrían sus puertas el de «la Fogonera», el de José María, el de Lucía, el de «la Angeles»... De «la Angeles» se decía que había nacido para el amor y que mujer de peregrinos encantos resultaba. Blanca, blanca donde las hubiera. Blanca de papel de barba, vela de barco, mero copo de la nevada. El alma debió dolerle a «la Angeles» de ser tan blanca. Si alguien le alababa su blancura, «la Angeles» se excusaba humildemente: «Ya ve usted, cosas de Dios». «La Angeles» fue visitada pronto por el fantasma de una vejez prematura que, celosa de sus gracias seguramente, le paralizó una pierna. «La Angeles», entonces se dedicó a vender lotería. En vez de la patética muleta, utilizaba una pequeña, cómoda silla de anea a cuyo respaldo se asía al andar. De este modo, cuando se cansaba de ofrecer la suerte —«¡Mañana sale!»— o de aguantar los recuerdos —trac toc, trac toc, al aire la pata galana—, «la Angeles» podía sentarse a descansar tan ricamente, en plena calle, al arrimo del buen sol o de la buena sombra, según se terciase. «La Angeles», que vivía últimamente sola, apareció muerta una mañana, en su casa de la calle de la Rambla, tendida sobre las sábanas de su cama, blanca en lo blanco, como la Olalla del romancero lorquiano. El entierro de «la Angeles», dispuso de acompañamiento hartamente deslucido, pero a «la Angeles», lo que son las cosas, ni le faltó nunca, durante mucho años al menos, hasta que ya de la blancura de «la Angeles» sólo restara un puñadico de podredumbre roída por la gusanera, un ramo de flores que nadie supo jamás de dónde ni de quién procedía; un manojito de flores

blancas perfumando su modesta tumba de mujer blanca, nacida para el amor. Misterios de la vida, que dicen.

Del «Trianón» a «La Puñalá»

También Cartagena contó con hartura considerable de cafés cantantes, tantos que Federico Casal, en su «Folklore cartagenero» pudo recoger la pregunta que, estupefacto ante el pintoresco hecho, dirigió a la primera autoridad cartagenera una publicación de la época: «Señor Alcalde, ¿ha reparado usía que Cartagena, ciudad la novena que dicen de España, que usía gobierna, no es tal población sino un café cantante?»

Cuentan todavía vivas en los anales de la ciudad las famas del «Café del Sol», en la Puerta de Murcia, esquina del callejón del Conducto y Jabonerías; «La Falda Pantalón», en la calle de San Fernando; el citado «Café Habanero», en la de Palas; el llamado «Café de la Glorieta», «El Tranvía», «La Bombilla», «El Comercio»... ¡La de veces que en «El Comercio», Chacón, enamorado hasta los tuétanos del cante de las minas, como bien se sabe, se rodeaba de «cantaos» de la tierra —«el Tirito», «el Alcayata», «el Cantares», «el Bosca»—, canta que te canta, uno tras otro, hasta quedarse roncós!

Párrafos especiales merece «el Trianón», en la calle Falsacapa. «El Trianón», con sus numerosos palcos, su bonito escenario y sus discretos reservados, constituía un pintoresco lugar en el que, según se certifica en el libro «Historias del Molinete de Cartagena», escrito por Manuel López Paredes, «se cantaba, se bebía, se oían risas falsas de alegría o se hacían promesas de amor a golpes de ricardito, cadena de oro y sonar campanillero de duros de plata». Dato curioso: andando el tiempo, «El Trianón» contrataría el primer «jazz band» que llegó a España.

Al «Trianón» —asegura López Paredes— «iba lo mejor de Cartagena». Sus precios, prohibitivos para la popular marinería, seleccionaban la clientela, lo que no impedía la escaramuza y el altercado, marimorenas en las que a menudo, andaban por medio más de una camarera perteneciente al establecimiento, «catedráticas en la ciencia de matarlas callando», según afirma José Rodríguez Cánovas en su libro «El Molinete de Cartagena». ¡Dios, la de literatura que sobre el Molinete pesa! La primera en la frente. Baste leer los versos, un tanto denigrantes, de la copla que sigue:

El barrio del Molinete
no lo pasean chavales,
lo pasean buenos mozos
con navajas y puñales.

Como ojo avizor, punto de mira o atalaya vigilante se canta el Molinete en otra letra popular.

Tengo los zapatos rotos
de subir al Molinete
a ver si veo venir
la fragata de mi Pepe.

Emilio Carrere y Ramón J. Sènder pueden figurar al frente de una importante antología literaria del Molinete, en la que cabe la estampa trazada magistralmente por José ^{Andrés} Navarro de aquellas mujeres que en su «Caridad la Negra», al filo de las primeras horas de la noche aguardaban la posible aventura exhibiéndose a la puerta de su casa respectiva, colocadas de tal modo que la luz de un farol podía desnudarlas en golosas transparencias.

También en el Molinete, justamente en la llamada cuesta del Maestro Francés, abría sus puertas «El Gato Negro», a caballo entre el café cantante propiamente dicho y el salón de baile.

Por el sistema de bonos, el cliente podía bailar a gusto con las camareras del establecimiento. «El Gato Negro» pasó a mejor vida bajo las bombas de la Guerra Civil.

Deténgase la pluma, en fin, en «La Puñalá», café ubicado también en el Molinete, famoso por sus escandalosas broncas. Con su media luna de palcos, sus espejos y sus bombillas verbeneras, «La Puñalá» faro llegó a ser, luminaria que atraía, engaitándola, a la marinería del universo mundo, convirtiendo así a la plácida Cartagena en una «pequeña Marsella», según testimonio de Antonio Díaz-Cañabate que, siendo jovencuelo perteneciente a la burguesía madrileña, presencié en «La Puñalá» la operación de un tatuaje en el brazo de una mujer. Cuenta el escritor cómo en la morena lozanía de la carne iba marcándose, a punta de aguja bañada en tinta, el clásico corazón atravesado por la flecha, y cómo desde allí se le pedía luego a alguien, gachonamente, en una apasionada y torpe caligrafía en arco: «Carmelo, no seas charrán».

Cuando, después de llover lo suyo, vuelve un día Díaz-Cañabate a Cartagena, busca de nuevo el Café de «La Puñalá». El Café de «La Puñalá» ya no existe. Picoteando entre sus escombros, unos pavos se esponjan al sol. A Díaz-Cañabate le parecen «fachendosos marineros que se pavonean en la desolación de lo que fue paraje de esparcimiento y bullanda».

«Salí de Córdoba y me fui a La Unión»

Allá por los comienzos de los años setenta, Juan Mendoza publicó en «La Tarde», periódico de Santa Cruz de Tenerife, un apasionante reportaje en el que, transcurrido ya mucho tiempo desde la muerte del gran pintor, se traían a colación unas declaraciones de Julio Romero de Torres: «Salí de Córdoba y me fui a La Unión, donde conocí la vida de los mineros».

Cuenta «La Tarde» que en una velada flamenca celebrada en un café cantante de La Unión, determinados «cantaores» no actuaron al gusto del público. Ante el altercado armado y por serenar ánimos, Romero de Torres subió al «tabla», cantando, impecablemente al parecer, por tarantas.

En La Unión, Leopoldo Clemares conoció a Romero de Torres, escribiendo luego: «La Unión era unas Américas, valga la expresión. Allí me fue presentado el joven Julio Romero de Torres, de una linajuda familia cordobesa y artista de fibra que, a pesar de su empaque, actuaba en las tablas, cantando flamenco. Su edad, poco más de veinte años...» Porque resulta que, antes que pintor, Romero de Torres «cantaor» vino a salir. «Lo que ocurrió es que no tenía las condiciones precisas para ser un gran maestro, como después lo fue en la pintura». Lo escribe Miguel Salcedo Hierro en su libro «Museo de Julio Romero de Torres». Afirmación a la que luego habría de añadir: «La relación de Julio Romero de Torres y La Unión merece un detenido estudio que yo prometo realizar para incorporarlo a la segunda edición de mi libro sobre el Museo...».

En memoria de Romero de Torres, visitando Salcedo Hierro La Unión con motivo de la celebración del IV Congreso Nacional de Organización de Concursos y Festivales Flamencos, en el que toma parte, compone la siguiente décima:

El corazón del minero
que va siempre por delante
vino a estudiarlo en su cante
el pintor Julio Romero,
pero al quedar prisionero
de sus dolores y espinas,
con sus esencias más finas
dio rumbo a su corazón,
quedándose en él La Unión
y su cante de las minas.

Sobre el tema de la estancia de Romero de Torres en La Unión, su hijo Rafael corrobora el interés del pintor por el cante de las minas, «...cante que yo mismo aprendí a sentir y a admirar en toda su grandeza trágica, pasional y emotiva, de boca de mi inolvidable padre Julio Romero de Torres, que al pintar muchas veces lo cantaba para meter en sus cuadros la emoción que ese maravilloso cante le producía».

A su vez, en su libro «Cancionero popular de Cartagena», Antonio Puig Campillo también llegó a abordar el tema del paso de Romero de Torres por los cafés cantantes de La Unión, recogiendo una vieja letra que hace mención al pintor:

Del alto cielo y sin guía
yo vi bajar un lucero
que en altas voces decía:
«Ya se despide Romero,
se va pa las Herrerías».

Derrota del café cantante.

Tribuna jonda, en el café cantante la copla flamenca encontró un medio habitual para su expansión, contribuyendo no sólo a la difusión de los cantes sino a su enriquecimiento. En los cafés cantantes —escriben los ya nombrados José Luis Navarro y Akio Iino— «el aficionado se pudo hacer profesional y el profesional pudo aprender los tonos genuinos del cante de los mineros». Serían estos «cantaores» los que darían a conocer en todas las cuencas mineras, trasvasándolos, los cantes que previamente habrían aprendido en cada una de aquéllas.

No durarían excesivamente las glorias del café cantante, ni siquiera las del propio cante, vencido por el oropel de un flamenco de segunda mano, por la quincalla barata de tantos «niños» y «niñas», los cuales, descansando muchas veces en los fáciles arreglos orquestales, adulteraban el verdadero signo

jondo, circunstancia que, andando el tiempo, daría pie a Tomás Borrás para lamentarse:

Ha llegado la época en que al cuadro le llaman la «ópera flamenca» y en cines de cemento, en vez de segurillas y martinets, cantan la milonga y un furcio, letra de los Quintero.

Por otra parte, la cuenca minera de Cartagena y La Unión, había comenzado a sufrir, a partir de la segunda década del presente siglo, los primeros síntomas de una dolorosa crisis. Con la Guerra Mundial se agravaría la situación, ya que la retirada de la demanda de mineral vendría a coincidir con más de un peligroso devaneo laboral. Durante 1917 y 1918 ya se han producido varias huelgas amenazantes. Otros nuevos problemas empiezan a pesar sobre el desarrollo económico: ruindad en los procedimientos de explotación, gravámenes excesivos, carencia de industrias competitivas, capaces de paliar la crisis...

Clausuradas numerosas explotaciones mineras, La Unión comienza a despoblarse. Al amanecer, muchos mineros enderezan sus pasos hacia Cartagena, haciendo nacer una de las coplas más tristes del cancionero de las minas:

Vierte sangre el corazón
viendo con vergüenza y pena
mendigar en Cartagena
los mineros de La Unión.

La dramática emigración comienza a proporcionar temas para nuevas letras:

Adiós, Cartagena hermosa,
placeta de la Merced,
calle de los Cuatro Santos,
¿cuándo os volveré a ver?

Cerrados a piedra y lodo los últimos cafés cantantes, puede afirmarse que de la memoria de éstos sólo resta el eco de aquellos versos de

Pedro García Valdés, que alguien recita nostálgicamente, como elegía dolorosa:

... Las guitarras templan,
los troveros hablan.
Olor a coñac,
a ron de Jamaica.
La copa a los labios:
mano ensortijada,
relumbre ostentoso
de gruesa tumbaga.
Rumboso donaire
y fanfarronada.

.....
Del cigarro puro
de antillana faja
el dedo meñique
la ceniza iguala.
Humo fantasioso,
cuatro bocanadas...

¡Qué lejos hoy los prestigios del café cantante frente a la cafetería, la hamburguesería, la barra del bar, por una parte; el pub y la discoteca, por otra, ámbitos estos en los que la tribu urbana busca y encuentra, al parecer, su felicidad personal bajo la ducha de los decibelios! ¡Qué distante el mismo cante, ayer

llevado hasta el labio como rito, sin abrir taquilla, sin prisas, a la espera paciente de ese don misterioso y arcangélico que es el duende; hoy interpretado a golpe de reloj, a tanto la hora, muchas veces con destino a ser envasado en magnetófonos, estrías de long-play, estafas descaradas del play-back..!

Excepcionalmente, La Unión, con motivo de la celebración anual de su Festival Nacional del Cante de las Minas, viene montando cada verano un café cantante, apócrifa sede novecentista con peculiar escenografía. De alguna manera intenta y a veces consigue respetar los cánones del más puro folklore autóctono. El clímax es perfecto: «tablao», veladores, mantones de Manila, espejos, pericones, retratos de «cantaos» y cupletistas... Sin embargo, algo se le escapa a los buenos propósitos de la comisión organizadora del popular certamen minero: acaso el aura de unos años irrepetibles, la impronta de lo que se va sin posibilidad de regreso, los manes, sustancias y deslumbramientos, en fin, de un tiempo irremediamente perdido. A lo mejor, en buena hora.